

Pero ¡imposible! Á la manera que la luz se abre paso por algún pequeño resquicio del lugar donde está encubierta, así los milagros eucarísticos de Lourdes se abren paso por todas las fronteras y por todas las conciencias sensatas, no obstante los titánicos esfuerzos de los racionalistas que impedirselo quieren.

Como Jesucristo es omnipotente, su acción se difunde sobre todos los órdenes de la vida humana. Y así no es extraño que habiendo sido en su mortal carrera sabio médico del alma lo fuese también del cuerpo: como tampoco causa admiración que, siendo desde el Sacramento del altar médico y medicina eficaz del espíritu, prolongue esta misma labor en cuanto concierne á las enfermedades corporales del hombre. Por cierto; esta verdad importante no causa, no puede causar admiración al cristiano que conoce á fondo las leyes divinas; pero sí puede causarla y de hecho lo es así respecto del cristiano tibio y disipado y sobre todo del indiferente y malvado.

Nuestro deber consiste en desmenuzar las objeciones que contra semejante doctrina puedan oponerse, para levantar sobre sus asquerosas ruinas el soberbio edificio del dogma católico, reforzado con los extraordinarios favores que el Dios de la Hostia dispensa en la gruta lourdana. Á este fin distribuiré el asunto en dos partes: 1.^a *Jesucristo, durante su peregrinación por el mundo, fué médico sapientísimo del cuerpo.* 2.^a *También lo es en su carrera eucarística, y más principalmente en nuestros tiempos de osado ateísmo; por lo cual conviene demostrar nuestra fe y confianza en la santa Eucaristía.*

§. I.

2. Para el que por medio de ángeles toca los montes y humean (1), y da una vara á Moisés para que obre estupendos milagros (2) y son obrados á discreción, mucho más podrá por sí mismo tocar las enfermedades corporales y

(1) Ps. CIII, 32.

(2) Exod., IV, 17.

XVI

Jesucristo Sacramentado, Médico del cuerpo.

Maravillas eucarísticas de Lourdes.

Ego veniam et curabo eum.
Yo iré y le curaré.

MATH. VIII, 7.

1. Cuando comienzan á negarse las verdades más palpables y rudimentarias, precisa que el ministro de Jesucristo no se duerma con la esperanza de que la mayoría de los católicos creen ciegamente los dogmas de referencia, porque ciertamente, los males deben atajarse radicalmente en sus principios. No es que en nuestros días se nieguen ya solamente los Sacramentos de la Iglesia; es que se pretende negar la divinidad misma de Jesucristo y hasta el poder absoluto del Excelso. Mas, los que á esto se atreven no piensan que cuanto más fundamental sea el dogma que rechazan tanto más dan á conocer su gran demencia. Hoy, con motivo de los prodigios eucarísticos realizados en Lourdes, la impiedad ha intentado entrar en doloso convenio con la ciencia para que la acompañe en su labor antirreligiosa, y se ha valido de todos los medios humanos para cubrir con la imponente losa del silencio los fulgores que por todas partes despiden las maravillas obradas en aquel monte, santificado con la presencia de la Madre de Dios.

extirparlas, y realizar con este respecto prodigios sin cuento. Un pobre ciego que de pie en el camino de Jericó imploraba limosna, sabe que en medio de inmenso tropel de gente pasa el Salvador; con este motivo levanta su voz, y poseído de gran fe, exclama:— Jesús, hijo de David, tened misericordia de mí.—Acercóse el Redentor al desgraciado—¿qué es lo que pretendes?—le interroga.— Señor, quería ver— responde; é inmediatamente cobró hermosa vista (1). El Centurión le expone que tiene un criado paralítico á quien desearía ver sano.—Anda, le dice Jesús, y hágase conforme tu petición.—En el mismo momento el criado quedó perfectamente curado (2). Los parientes de S. Pedro le declaran que la suegra de éste se halla atacada de fuertes calenturas. Jesús entra en la modesta casa de la doliente; extiende su prodigiosa mano sobre ella y queda al instante libre de la terrible afección (2). Un inundo leproso solicita su curación completa, y de pronto queda purificado del asqueroso contagio (2). Cierta pobre mujer oye al Salvador anunciar la divina palabra; se acerca á Él con gran confianza y toca sus vestidos sagrados, con la esperanza de quedar sana del persistente flujo de sangre que hacía años venía padeciendo. Nuestro Señor, que escucha los ayes del alma, conoce la petición de la enferma, y, dejando salir poderosa virtud de sí mismo, la sana (3). Pero, qué..! sería cuestión de nunca acabar si hubiera de referir las circunstancias que acompañaron á los milagros que obró el Salvador sanando las corporales enfermedades. Como último retoque á este bello cuadro no dejaré de transcribir las mismas palabras del evangelista: «Los ciegos ven, los sordos oyen, los mudos hablan, los cojos andan, los paralíticos están ágiles, los endemoniados quedan libres y hasta los muertos resucitan (4)». Expresivas frases que hablan elocuentemente á favor del oficio de Médico que practicó Jesús para con toda clase de enfermos del cuerpo. San

(1) Luc. XVIII.

(2) Math. VIII.

(3) Luc. VIII.

(4) Math. XI, 5.

Mateo y S. Lucas (1) consignan en último término que á la caída de la tarde eran presentados al Hombre Dios toda suerte de padecidos, los cuales, mediante la imposición de las omnipotentes manos, quedaban sanos.

3. ¡Cuán bueno es Jesús! Vino á este mundo para reparar las consecuencias fatales del pecado, y su misericordia llegó á tal extremo que sanaba también las dolencias corporales. «Nos amó con caridad ilimitada (2)». El anciano encorvado bajo el peso de sus años, la viuda enlutada y llorosa, el niño descalzo y hambriento y el infeliz que se arrastra por las calles implorando clemencia, hallan en Jesús el mejor amigo juntamente con el sabio Médico. «Pasó haciendo bien (3)». El evangelista no podía expresar más ni mejor respecto de Jesús; porque ciertamente, Jesucristo se deslizó mansamente por este mundo, sembrado de ingraticudes, practicando el bien á todos los hombres y en todos los órdenes de miserias; pero lo más sorprendente no es esto; lo que maravilla sobremanera son las circunstancias que acompañaron algunas veces al Redentor obrando prodigios curativos. Sana al criado del pontífice en ocasión que aquél intenta prenderle. Abre los ojos del ciego Longinos después que éste le atraviesa el corazón con la acerada lanza. ¡Ah! ¡Qué contrastes tan sublimes! Jesucristo ejerciendo el ministerio de Médico, al propio tiempo que los dolientes que le necesitan le persiguen y atormentan.

§. II.

1. Al llegar á este lugar aumenta nuestra curiosidad por saber si en efecto Jesucristo Sacramentado prosigue los mismos ejercicios en beneficio de los hombres. Omitamos lo que S. Agustín y S. Bernardo nos aseguran de milagrosas curaciones realizadas al contacto de la parte doliente con la Hostia santa. Esto podría quizá dudarlo el relajado cristiano, ó negarlo el deísta. Vengamos á otra serie de hechos

(1) Luc., cap. IV.

(2) Jerem. XXXI, 3.

(3) Act. X, 38.

notabilísimos que en este concepto se están realizando en nuestros días, para que aquél tema y se enfervorice, y se convenza éste de la verdad católica.

Nadie ignora que la Francia oficial se ha propuesto lanzar á Jesucristo, no sólo de las escuelas y de las academias y de los tribunales y de las plazas, sino también del hogar doméstico y aun de las conciencias individuales. Lo que trabaja por conseguir unos fines tan inicuos está en la mente de todos, razón por la cual nada he de insinuar respecto del particular. Sin embargo, el Hombre Dios, cuanto más se empeña Francia por maltratarle, tanto más le muestra su misericordia y su amor. Lourdes; el trono campestre de la Inmaculada, vestido de espeso verdor, bordado de lirios silvestres y embalsamado con frescas y ricas esencias, ha venido á ser el punto donde el Omnipotente ha querido en nuestros días manifestar su gloria que, á la manera que las flores esmaltan la pradera, y los frutos el árbol, y las estrellas el cielo, ha sido esmaltada en los montes lourdanos con milagrosas curaciones de enfermos desahuciados. El Hombre Dios Sacramentado debía allí brillar con fulgores más intensos que los de la preciosa custodia eucarística cuando es herida por los rayos del sol. Su amor debía desbordarse extraordinaria y mágicamente desde la santa Hostia, y caer sobre los cuerpos de los pobres enfermos para sanarlos, mejor que la juguetona corriente se desborda allí en las grandes avenidas, para caer en forma de cascadas sobre el valle, al cual fertiliza y fecunda. Los enfermos debían levantarse de sus molestos lechos, arrojar sus muletas y vendajes y entonar á la Eucaristía un ferviente hosanna que repercutiera hondamente en las montañas vecinas, para que en el mismo lugar se cumpliera lo que el evangelio cuenta de N. Señor, que al dar por la tarde su bendición oían los sordos, veían los ciegos, andaban los cojos y sanaban los paralíticos que allí estaban.

5. ¡Qué grande es Dios en sus prodigios! El 22 de Agosto de 1888, por iniciativa de un fervoroso presbítero, salía procesionalmente de la gran basílica el Santísimo Sa-

cramento entre los vítores de la muchedumbre, de la cual formaban parte incontables enfermos. Á medida que avanzaban las filas crecía el entusiasmo de todos los espectadores, quienes, al ver que dos de los enfermos se levantan de su lecho, y se lanzan en pos del Dios de la Eucaristía, bendiciéndolo y alabándolo, desbordaron sus espíritus, traducidos en vítores ensordecedores é himnos de gratitud á la Hostia consagrada. Á partir de este momento, las procesiones sacramentales se repitieron con frecuencia, consiguiendo siempre resultados análogos.

Un médico eminente, el Dr. Boissarie, que presentó en el Congreso eucarístico internacional de Roma una bien razonada Memoria sobre las maravillas eucarísticas de Lourdes, cuenta de la peregrinación nacional de 1897 lo siguiente: «Todas nuestras corporaciones estaban representadas: hospitalidad de la Salud, hospitalidad de Lourdes, todas nuestras órdenes religiosas, mil y quinientos sacerdotes vestidos de sobrepelliz, á los que seguían doscientos cincuenta individuos, objeto de recientes milagros, que desfilaban ante nuestros ojos como una visión celeste... y en la explanada del Rosario, dos mil enfermos, sentados los unos, tendidos los otros, formaban una doble fila, de los cuales quince ó veinte se levantan curados en medio de las nutridas aclamaciones de treinta ó cuarenta mil almas.» Esto afirma el competente doctor; y esto no es más que el perfecto eco por decirlo así del inmenso pueblo, que se agolpa en todas ocasiones sobre la gruta mariana de Lourdes.

6. En la Memoria citada se enumeran cuatro ruidosos milagros allí efectuados, uno de los cuales no puedo menos de referir, según el mismo doctor lo cuenta. Helo aquí: Un pobre infeliz había sido aplastado por el tren, quedando en la situación más deplorable que es dado imaginar. La compañía ferroviaria había sido condenada por el tribunal de Burdeos á pagarle seis mil francos anuales en tanto que viviera; y se juzgaba que sería muy corto el tiempo en que habría de cumplir esta obligación, porque la muerte del pobre obrero no se haría esperar: más parecía en efecto un

espectro, un fantasma que un hombre. Treinta y dos años contaba, y se le habría creído un anciano.

Cediendo á las instancias de su madre, y para salir del hospital, vino á Lourdes, pero sin esperanza.

Mas el 20 de Agosto de 1901 se le da la Comunión con una pequeñísima partícula de la Hostia, porque tenía grandes dificultades para tragar, y he ahí el primer milagro. La fe, dormida en su alma, se despierta viva, una emoción indescriptible se apodera de él; no puede articular palabra, aunque lo intenta, pero ve visiones del cielo...

Á las 4 de la tarde se le lleva en su lecho á recibir la bendición eucarística. Aparece más pálido, más débil, más quebrantado de fuerzas que nunca; diríase que sólo le quedaba un soplo de vida, y hay un instante en que se le juzga próximo á expirar, tanto que se le hubiera retirado de la vista de las gentes á no ser por la insistencia del enfermero, empeñado en que permaneciese en su sitio... Allí se pone, por así decirlo, en contacto con el Dios de la Eucaristía, y cuando esto ha acaecido, dejadme andar, exclama levantándose, y empieza á seguir la procesión á vista de millares de expectadores, que de mil modos expresan su emoción en presencia de aquel muerto resucitado, y que al día siguiente le acompañan á la oficina de comprobación, esto es, al departamento científico establecido en Lourdes para la justificación de los milagros. El protagonista de esta escena de gloria se llamaba Gargan...

7. Interrumpamos ahora la narración de estos maravillosos sucesos, para proferir dos palabras sobre los mismos ante el mundo de la ciencia.

No se me ignora, en efecto, que haya quien afirme que los milagros eucarísticos realizados ante la gruta de Lourdes pueden perfectamente explicarse por las leyes naturales. Se dice que la impresión misma recibida por el enfermo en el líquido de la gruta ó las propiedades particulares de éste podrán influir en la curación de aquél. Que el doliente que no se ha bañado en él, como el protagonista del caso referido, puede en su excitación nerviosa producida

por sus creencias ó por su fanatismo, si se quiere, ó también por lo imponente del espectáculo, señalar diferente curso á la enfermedad que con otras circunstancias favorables causen su curación. Que puede haber también compadrazgo entre los que deseen ser curados, á fin de ser propagadores de la fe católica ó de sí mismos. Mas todos estos argumentos, bien pesados en la balanza de la razón iluminada por la fe, no son más que huecas palabras que nada expresan. Porque, aparte la oficina científica en la que se comprueban las curaciones milagrosas, que se halla á la vista de todo hombre de estudio, está demostrado que por la mera impresión en el agua de la gruta no se cura radicalmente una grave y pertinaz enfermedad, como no se puede curar humanamente por la impresión sola en cualquier agua minero-medicinal, por buena que sea. Además, ¿quién se atreve á asegurar sin exponerse á los anatemas de la ciencia que una excitación nerviosa producida por una creencia, ó por una impresión moral repentina venga á ser el agente curativo de un enfermo desahuciado de los médicos? Viene á causar la excitación en el organismo lo que el café, que en tomando buena dosis de éste se adquiere agilidad, y fuerzas, pero es para perder pronto las pocas que antes se tenían y entrar en un estado de postración más hondo que el de antes. Finalmente; ¿cómo podemos creer que pueda haber compadrazgo con enfermos de todo sexo, de toda edad, de toda dolencia, de toda región y hasta de más ó menos fe arraigada, cuyos actos y cuyas curaciones portentosas están á la vista del público? ¿Quién es el sujeto que haya querido arrostrar la infamia de una parte, y de otra las iras de un pueblo inmenso y de las autoridades? Luego los pretendidos argumentos contra las curaciones milagrosas de Lourdes, no son más que cavilaciones fantásticas de gente imbécil ó malvada.

8. Por el contrario, la fe en Dios ha comenzado á despertar y á emprender allí pasos de gigante. Lourdes es hoy el cenáculo donde cada enfermo y cada expectador es un fervoroso apóstol que sale de allí para predicar la fe del

Catolicismo doquiera fije su residencia. Quien haya presenciado un milagro eucarístico, se remontará sin duda en espíritu á los tiempos de la Redención, y considerará á Jesucristo, pasando por las calles y curando toda clase de dolencias corporales. Lo que sucede en Luordes, puede perfectamente suceder en nuestra patria y en todo el mundo donde haya un Tabernáculo. Pero precisa una gran fe y una confianza ilimitada en Jesucristo Sacramentado. Y aunque es evidente que Nuestro Señor puede en un punto dispensar sus gracias con más abundancia que en otras partes, y hasta en un mismo lugar puede dispensarlas á unos y negarlas á los demás; pero, ¿quién podrá negar que Él está dispuesto á favorecernos en todo lugar y en todo momento? Si tuviereis fe como un grano de mostaza, podríais obrar milagros, dice el Salvador. Nosotros, pues, en presencia de unos sucesos tan maravillosos, que demuestran el poder y el amor de Jesucristo Sacramentado, debemos reanimar nuestra fe y confianza en la santa Eucaristía, y pedir la fortifique nuestra alma contra los asaltos de sus enemigos, y conforte nuestro cuerpo para servirla mejor, y sea nuestra vida un preámbulo de lo que debe ser en la eternidad.

EJEMPLO

«Á cosa de las cuatro de la tarde comienza la procesión con el Santísimo Sacramento. Á ella acuden, no sólo los peregrinos, sin faltar uno, sino también la ciudad en masa de Lourdes. Á medida que la procesión se interna entre las filas de los enfermos, la fe de aquel pueblo, convenientemente preparado con actos de contrición, humildad y penitencia, se agiganta y toma tales proporciones que llegan á hablar con Jesús Sacramentado lo mismo que si le viesen en carne mortal.—«Jesús, Hijo de David, exclaman, tened piedad de nosotros. Señor, si queréis, Vos nos podéis sanar. Jesús, curad nuestros enfermos.» Y nuestro bendito Salvador, en su infinita misericordia, escucha estos acentos y los milagros se suceden con prodigiosa frecuencia. El pueblo con estos hechos aumenta en confianza, ora con más entusiasmo, se amotina y parece querer arrebatarse el Sacramento de las manos del sacerdote para estrecharle contra su pecho. ¡Qué actos de amor, qué súplicas, qué fe más prodigiosa! En toda esta

procesión, amigo mío, es imposible contener el llanto, y el más empedernido pecador y el incrédulo más rabioso es preciso que se rindan ante la grandeza de tales prodigios. Lloro el barbudo y grave caballero lo mismo que la mujercilla más tierna, el sacerdote lo mismo que el secular, el anciano lo mismo que el niño, y todos, todos rezan con verdadera esperanza de ser oídos, todos se interesan por los enfermos, y la fe y oración de todos unidos alcanzan de Jesús grandes milagros. Momentos hay en que es punto menos que imposible contener al pueblo, que compacto se abalanza hacia el Sacramento; ya no hay sacerdote que pueda dirigir aquellos ánimos enfervorizados: de entre la misma plebe llegan á oírse voces de ardiente oración, que el pueblo contesta entusiasmado.—«Señor, dicen, que después que estén sanos os servirán. Jesús, curad nuestros enfermos.» ¡Bello desorden, amigo mío; sublime cuadro! Y Jesús se complace en este desorden y los milagros continúan.... Entonces parece decir Jesús á quienes los presencian lo que en otro tiempo á los discípulos de Juan.—«Id, y decid á todo el mundo que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos sanan, los sordos oyen, los muertos á la vida de la verdad y de la gracia resucitan, los pobres son evangelizados, y feliz el que no se escandalizare de Mí (Luc. vii.).»

»Aquí quisiera yo ver, amigo mío, á todos los que por ignorancia ó por malicia niegan la verdad de los milagros, de los verdaderos milagros, ó para desvirtuar el argumento incontrastable que de ellos se deduce en favor de la Religión católica, única que los ostenta, recurren á todo género de subterfugios y explicaciones especiosas. ¿Qué dirían cuando viesen por sus propios ojos que el que momentos antes yacía en su lecho, desahuciado ya de todos los médicos, de repente, sin darse él mismo cuenta de lo que le ha sucedido, se encuentra sano y bueno como si nunca hubiese padecido la menor enfermedad? ¿Qué de aquél que, sordo y mudo de nacimiento, en un abrir y cerrar de ojos empieza por taparse los oídos, que extrañan el ruido fuerte que notan cerca de sí, y por soltar su lengua pronunciando los santos nombres de Jesús y de María?....

»Tarea demasiado larga, amigo mío, sería para mí si hubiese de relatar á V. uno por uno, con todas sus circunstancias, los milagros que el Señor, por intercesión de su bendita Madre, María Inmaculada, ha obrado este año en Nuestra Señora de Lourdes. Á sesenta y nueve ascienden los comprobados por médicos de reconocida experiencia, y algunos de ellos nada afectos al catolicismo. Si V. quiere verlos reseñados minuciosamente, puede consultar los respectivos números de *La Croix* y *Le Pèlerin*, periódicos, diario el uno y semanal el otro, que publican en París los Padres Agustinos de la Asunción.—*Escenas de Lourdes* por el P. Fr. Eustasio Esteban, dirigidas á un amigo suyo é insertas en *La Ciudad de Dios*.